
La (su) nave de los inmigrantes*

Margo Glantz

¿Qué diferencia es entre fue y era...? ¿Verdad que hay diferencia?
Porque me dicen que no hay diferencia, pues si.... (silencio)
LUCY GLANTZ, junio, 1990.

Me es difícil hablar de la memoria judía, así en bloque. Puedo quizá, aferrarme a una vivencia parásita, la de mis padres, ahora reducida, muy reducida, a la de mi madre, para intentar comprender estos términos. Cuando trataba de escribir, entre 1979 y 1981, mi libro *Las genealogías*, mis padres recordaban aún con bastante claridad su pasado y entre los recuerdos estaba el del Spaardam, barco holandés que iniciaba regularmente su travesía en Rotterdam y llegaba, pasando por la 'península', como dice mi madre, hasta La Habana y luego a Veracruz. Allí viajaron varias semanas, hacinados, en tercera clase, maréandose, antes de desembarcar por una de esas vueltas imprevisibles de la fortuna, en el puerto mexicano, en 1925, uniendo su suerte a la de muchos otros emigrantes.

* Este fragmento funciona como un postscriptum. Es el final definitivo de mi libro *Las genealogías*, cuya tercera edición publicará próximamente la editorial Alfaguara.

Este libro fue publicado parcialmente por entregas en el periódico *unomásuno*, periódico en el que colaboré desde su fundación. Le agradezco a Carlos Payán haberme alojado allí. Ahora aprovecho la oportunidad para volver a agradecerles a todos los amigos el consejo que me dieron de reunir los textos: Luis y Lya Cardoza y Aragón, Susana Glantz, Jacobo Guzik, Cristina Barros, Laura Trejo, Annunziata Rossi, Hugo Hiriart. Reordenado, corregido y completado después de un viaje a la antigua Unión Soviética, a finales de 1981, fue editado ese mismo año por Martín Casillas. La SEP lo publicó en la Segunda Serie de Lecturas mexicanas en 1987, con addenda y correcciones escritas en agosto de 1986. Ahora lo reedita la editorial Alfaguara, mi nueva casa, con un post scriptum escrito en junio de 1990 y, finalmente, en julio de 1997.

México era la llave que quizá abriera la puerta de los Estados Unidos, inaccesible para quienes deseaban reunirse con sus familias, a causa de una cuota de inmigración recién decretada. Así lo explica mi madre, Lucy Glantz, en una conversación que tuve con ella en 1990 y de la que pueden desprenderse ciertos datos muy significativos: una cierta incoherencia, debida a la edad (88 años), aunque más bien al deseo de preservar una memoria controlada, definitiva, sobre el pasado, es decir una memoria tranquilizadora, construida a retazos, que elimina lo perturbador y permite resistir el presente, esa temporalidad inútil, sin futuro, que la aleja de la verdadera vida, la que vivió con mi padre y con quien quizá desearía ya reunirse. Mis preguntas alevosas y voraces abren huecos, hacen penetrar resquicios de sentido y derruyen trechos de argamasa protectora, pareciera filtrarse por ellos la información que busco con avidez. Cuestiono:

—¿Por qué viniste a México ?

Contesta en su propio idioma tan peculiar, perfeccionado por los años:

Mire, me dice, la mayoría es que tenía gente en E.U., parientes. Y pensaba que llegando a México podía pasar, pero cuando nosotros llegamos cerraron la cuota, ¿así se llama ? Namás la abuela pudo salir, no quería ir porque estaba acostumbrada con nosotros, se fue, después regresó, porque esos hijos (los de Filadelfia) salieron muchos años antes (1895 y 1915) y ella estaba encariñada con papá, tía Mira y tía Jane (los tres hijos menores de mi abuela que permanecieron en Rusia hasta 1925)... pues si...

Hasta allí los únicos datos comprobables. Lo demás es conjetura. En la memoria de mi madre los tiempos y las gentes se confunden y sólo descubro un territorio definido: mi padre. Mi madre ha pasado de la normalidad, de la naturalidad de su mundo conocido —primero Rusia y después su matrimonio— al desamparo, y el desamparo no es otra cosa en definitiva que la muerte de mi padre, en cuyo cuerpo ella se ha habilitado territorializado. Podría visualizarse ese desamparo citando una frase de Walter Benjamin: "Hemos olvidado hace tiempo el ritual según el cual fue edificada la casa de nuestra vida". La normalidad de su vida en Rusia o la Unión Soviética incluye con naturalidad el concepto de territorio. El territorio propio, fundamental para el judío y para cualquier emigrante, es asumido por mi madre como aquello que se aloja en una cotidianidad que sin embargo tiene historia: sus padres, la familia, el idioma materno, el ruso, la casa paterna, su barrio, las costumbres judías son la unidad, el territorio:

Todo fue normal en Rusia —dice— una casa, una familia. Una familia completa con todos los detalles, pues si....

Entre los detalles se cuenta la comida kosher, junto con el bortsch, el jolodietz, los blintzes, por otra parte típicamente rusos, también la casa tradicional, el padre, la madre, los hermanos, los tapetes orientales en los muros; el barrio con sus calles, la Hebreiska Uliúz, el poeta judío Bialik, su editor, también judío, Rovniski, los niños genios, ¿Yasha Heifetz?, o los grandes narradores, ¿Itzkjak Babel? Son normales también los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos:

...pues toda la vida nosotros no teníamos otra cosa, yo creo que como... este... este... desde que está la Rusia, también hace 300 años que.. se proclamó como cristianos, porque antes fueron jazaes, o como tribus, pero ya hace 300 años que Rusia se proclamó como cristiana...

En la normalidad se incluye la dualidad, lo judío y lo cristiano, unidos por lo ruso y por el mismo espacio geográfico, en este caso Ucrania que también forma parte de Rusia; todo, entonces, es lógico, habitual, hasta, en cierta forma, el antisemitismo:

Siempre tenía (en Rusia) mucho antisemitismo, ahorita también allí, como de costumbre, ¿no?, mucho antisemitismo...

Lo clásico es un judaísmo con historia, asentado en un territorio específico durante cerca de 300 años, aunque sea un ghetto o precisamente por eso, y dentro de esa normalidad se acepta como un hecho irreductible, común y corriente, el antisemitismo. Semejante a la geografía y al clima, el viejo antagonismo entre los judíos y los cristianos se expresa como dicotomía violenta, vivida como algo inexorable pero a la vez extrañamente natural. Su abolición, emprendida en Europa, en parte por la emigración, pero sobre todo por el exterminio nazi, ha dado como resultado un vacío insólito, recuperable en la literatura y en el cine y visible como paisaje humano habitual cuando se representa en algunas películas, por ejemplo, las polacas de Wajda o las de Kavalericz. Casi podría decirse que la dicotomía formaba parte de una atmósfera esencial que al desaparecer ha dejado una profunda marca en la conciencia, a pesar de que se ha creado otra realidad y se ha configurado una nueva territorialidad. La xenofobia parece ser uno de los ingredientes 'lógicos' del 'alma europea'. ¿No lo vemos de nuevo ahora, contra los turcos, los hindúes, los latinoamericanos?

Si ser judío en Rusia era natural (con la parafernalia consiguiente) durante esa primera cuarta parte del siglo, ¿qué significaría ser judío en la nueva diáspora de elección?

Pues yo apenas estoy conociendo México ahorita... cuando llegamos (1925) había muchos rusos, aquella Alejandra Kolontay con Diego Rivera, llegaron y formaron un club ruso... nos sentíamos mejor en ambiente ruso, porque yo por ejemplo no sabía hablar yidish...

Una trasmutación se ha producido: la separación forzosa que en Rusia se establece, esa división entre cristianos rusos y judíos rusos

(porque no somos rusos-rusos, cristianos, no teníamos que decir que éramos judíos, ellos sabían, no es cosa que tengamos que decirlo...)

desaparece al tocar tierra mexicana. Aquí judíos rusos y rusos cristianos, rusos socialistas y rusos blancos se sienten unidos por el idioma, las costumbres, la comida del país que han tenido que abandonar:

México fue una cosa muy distinta, cambiar completamente, tanta costumbre, tantas diferencias... por eso estuve en un ambiente entre la colonia, bueno la gente yidish, hasta ese club ruso que formábamos eran puros descendientes de judíos de Rusia..., y Alejandra Kolontay, de la aristocracia, ella aquel tiempo se vestía como una gran dama, a pesar del hambre, de muchas estrecheces..., también había una familia de aristocracia rusa anterior que vivían aquí, que se llevaban con los yidish...

Esa identificación llega al colmo: se asimilan tradiciones y rituales judíos. Según mi madre, los rusos blancos, los aristócratas, los antisemitas tradicionales, se mezclan con sus antiguos enemigos y no sólo eso,

hasta los rusos no yidish compraban pollo y lo mataban con el shojjet, pues en México, sabes, como mataban así, ahogándolos... a los pollos (hace una ademán mostrándolo) retorciéndoles el pescuezo, sí hasta rusos-rusos, compraron pollo y fueron con el shojjet, para matarlo de otra manera...

“¿Qué ha sido resuelto? ¿Acaso todos los interrogantes de la vida ya vivida no han quedado atrás como un bosque que nos impedía la visión?” No encuentro mejor manera de resumir lo hasta ahora dicho por mi madre que esas palabras autobiográficas de Walter Benjamin. En efecto, al crearse una protección contra la muerte, la ausencia y, en suma, el exilio, mi madre descubre un filón inesperado que enriquece su vida en el país de adopción: piensa haber dirimido el viejo antagonismo entre judíos y rusos, lo exorcisa y al hacerlo los incorpora, a ellos, a los rusos tradicionalmente antisemitas, al judaísmo ¿No es cierto que prefieren comer comida kosher? ¿No se reúnen todos en un mismo club donde se habla sólo ruso? El idioma, las costumbres, el territorio, el clima liman las diferencias, unifican, integran a una misma y reciente tradición. Son rusos, europeos, diferentes: la diferencia con lo otro en este país se intensifica y origina una nueva perspectiva, los judíos ya no son los antagonistas, se han borrado las diferencias ancestrales

y se han marcado nuevos contrastes. A esta nueva ecuación —que equivale a una conversión— se agrega otro elemento decisivo en su integración como judíos en un nuevo territorio: en México mis padres adquieren una nueva lengua, el yidish, idioma que mi madre no conocía mientras vivió en Odessa y que mi padre, según ella, conocía mal, pues aunque lo hablaba en su aldea con sus padres, era un idioma doméstico, elemental: “con mamá —dice con cierto menosprecio que me llena de asombro—, ¿de qué se habla?” (Quizá los hombres no tienen de qué hablar con sus madres, o ciertas normas tácitas se lo impiden.) México propicia los encuentros, nutre, perfecciona los conocimientos y hace que mi padre aprenda el yidish verdadero, “el literario, aquí aprendió todo...”, concluye mi madre. En México, mi madre aprendió un nuevo idioma y Jacobo Glantz aprendió su oficio literario, ¿qué más se puede pedir y sobre todo un poeta?

El esfuerzo de mi madre por reterritorializarse —horrible y significativa palabra— es su único remedio, su única arma para derrotar a la historia, cuyo discurso genealógico ‘normal’, como diría ella, cubre 300 años engullidos con ferocidad por un pasado trágico pero también maravilloso, la persistencia del judaísmo en la Europa oriental. La emigración a América exige otro esfuerzo de integración mental, estar al otro lado del océano revoluciona el signo. En el nuevo territorio, el del exilio, se reacomodan las cosas, el judaísmo se reintegra a su raíz, se habla el yidish, los enemigos son amigos y el ruso sigue siendo un idioma de unión, el idioma secreto del amor y el de la convivencia con otros exilados del antiguo y propio territorio. Los hijos nacen en otra tierra y en otro idioma, las costumbres se yuxtaponen, los antagonismos inmediatos o seculares desaparecen y se antoja posible una integración. Los antiguos enemigos, los judíos —*nosotros*— y los rusos antisemitas —*ellos*— constituyen un todo, un nuevo *nosotros*, el de los emigrantes, los *otros* ya no son un bloque formado por los antagonistas tradicionales sino los habitantes naturales del territorio de elección. Este territorio, por el hecho mismo de haberse elegido, se transforma y *ellos*, sus habitantes, en este caso los indígenas y los mestizos, constituyen un parámetro totalmente distinto de referencia. La nave de los inmigrantes, ese territorio flotante, intermedio, favorece la conversión, inclina a la sustitución, en suma, rearticula la idea del exilio, la prepara, la dulcifica, y asegura la posibilidad de un nuevo espacio donde todo puede reacomodarse armónicamente.

No me acuerdo, por supuesto que ya se borró, tanto tiempo, por supuesto que no sentí bien, que me sentía desorientada, deprimida, por ir a un lado completamente desconocido, solamente porque viajaba con papá... pues todo. Bueno, se siente nostalgia de tanta costumbre, de tanta diferencia, México fue una cosa muy distinta, cambiar completamente, pero como luego, luego, me ocupaba con mucha cosa, así entre resistir cosas, me conformaba, ¿no?, ¡qué remedio!

Mi padre comenzó a deslizarse entre varios mundos mediante la simple costumbre de participar a la vez de las tres clases sociales que el barco establecía sin demasiado rigor. Mi madre empieza a enraizarse en papá, en su cuerpo, en su movilidad ("solamente porque viajaba con papá"). Cuando comento: "¿Y papá cómo se sentía?", mamá ríe y murmura:

Pues, yo creo que bien, conocía muchas gente nueva, subía y bajaba, él es muy sociable, ya sabes cómo era papá... pues... sí (duda), papá se bajaba, subía, se acomodaba, a mí me daba igual... ¿Papá comía a veces abajo? ...mmmm, a veces, no sé... bajaba y subía, no sé si comía allí o no, no me acuerdo bien, ¿qué importa? Nosotros estuvimos abajo en tercer clase, sí, yo no subía, él sí...

En el barco conviven las tres clases, esas clases jerarquizadas por el dinero, por la cantidad de dinero que cuesta el pasaje, la comida, las literas, todo es distinto, y sin embargo, para mi papá es casi lo mismo, al fin subía y bajaba, tenía acceso a todo, a la gente, a la comida, y hasta al aire —¿no se respira mejor en cubierta que en el fondo de la nave? Mi padre sale, gracias a la revolución rusa, de su shtetl, de su aldea, ese conjunto de parcelas cultivables concedidas por 'un zar bueno', y ella, la revolución, lo empuja hasta Odesa donde encuentra a mi madre. El paso siguiente es la nave, el paréntesis perfecto entre los dos mundos, el lugar ideal para las metamorfosis que en México se producen plenamente; por ejemplo, aquí nacimos nosotras, mis hermanas y yo. Mi madre abandona su casa, a su padre y a sus hermanos, mi padre viene a América donde están su madre y sus hermanos.

* * * *

Mi padre murió el 2 de enero de 1982. Mi madre, el 13 de mayo de 1997. Tenía casi 95 años. Murió con la dignidad, la finura, la paciencia, el sentido del humor, los gestos que la habían caracterizado siempre. ¿Cómo pudo sobrevivir a mi padre tanto tiempo? ¿En dónde encontró su territorio? Es más que probable que su verdadero territorio, el de ella y el de mi padre fuese su propio cuerpo, ese cuerpo finito, reducido, llagado con el que murió, ese cuerpo que alguna vez fuera armónico y hermoso, ese cuerpo en él que me alojé alguna vez, ese cuerpo que me permitió ser lo que soy. La lloro, la admiro, me lleno de culpas, vuelvo a llorarla, a admirarla, a llenarme de culpas y escribo estas precarias palabras totalmente insuficientes para recordarla y para ponerle un punto final, ahora sí, a mis genealogías.

Coyoacán, julio de 1997